



Capítulo 48: La tormenta

"Tenemos que movernos, ahora".

Cuando Nephis se volvió hacia él, Sunny agarró a Cassie y la ayudó a levantarse. Su rostro estaba aún más pálido de lo habitual y había una mirada de pánico en sus ojos.

"¡Ahora! ¡Ayúdame a que vuelva a la carroñera!"

La niña de cabello plateado levantó la cabeza y miró al cielo. Pronto, su expresión se oscureció. Sin decir nada, hizo lo que él le había pedido.

Cassie parecía un poco desorientada. Agarró las riendas y se volvió impotente hacia su amiga:

—¿Neph? ¿Qué está pasando?"

Estrella Cambiante la miró. Cuando finalmente habló, su voz sonaba pesada.

"Se avecina una tormenta".

Mientras tanto, Sunny envió a su sombra a trepar por la cima de un alto pilar de coral y miró hacia adelante, tratando de entender qué tan lejos estaban los acantilados a los que apuntaban. Por lo que parecía, todavía quedaba una distancia considerable por recorrer. Sin embargo, la estatua gigante ya estaba mucho más lejos.

Volver ahora habría sido un suicidio.

Se dirigió a Nefis:

"Estamos a unos tres o cuatro kilómetros de los acantilados. Hacer... ¿Crees que podemos lograrlo?"

Ella frunció el ceño.





"Si tomamos la ruta más directa. Quizás".

Sunny vaciló y luego preguntó:

—¿Y los monstruos?

Estrella cambiante miró hacia adelante y apretó los dientes.

"Tendremos que abrírnos paso".

— ¿Eso es todo? ¿Ese es el plan?

Mientras intentaba infructuosamente idear algún truco retorcido para salvarlos, Nephis volvió la cabeza y lo miró, perpleja.

"¿A qué esperas? ¡Corre!"

* * *

A medida que avanzaban, fuertes gotas de lluvia comenzaban a caer sobre el suelo. Los fuertes vientos aullaban entre las hojas de coral, haciendo volar trozos de lodo y algas. Con nubes de tormenta acumulándose en el cielo, la luz del sol se atenuó y un frío crepúsculo descendió sobre el laberinto.

Sunny corría con todas sus fuerzas, como si su vida dependiera de ello, porque en realidad lo hacía. Él lideraba su pequeño grupo, eligiendo el camino más recto hacia los acantilados con la ayuda de su sombra. Nephis iba un paso por detrás. El carroñero que llevaba a Cassie caminaba por el barro con sus ocho patas en la parte trasera.

Sin necesidad de evitar a los monstruos y a la muerte respirándoles en la nuca, se movían a una velocidad asombrosa. Los pasadizos laterales y las paredes carmesí pasaban junto a ellos en un borrón. No había necesidad de contenerse y conservar fuerzas a largo plazo: si llegaban tarde en los acantilados por un minuto, sus vidas habrían terminado. Tuvieron que darlo todo.





Sunny estaba listo para luchar en una serie de escaramuzas sangrientas a lo largo del camino, pero, para su sorpresa, los habitantes del laberinto no les dieron muchos problemas. Los carroñeros parecían estar tan asustados como ellos. Las voluminosas bestias estaban ocupadas tratando de esconderse dentro de los montículos de coral o excavando bajo tierra.

En las raras ocasiones en que uno de ellos mostraba agresión, un rápido corte de la espada o un amenazante chasquido de pinza era suficiente para que el monstruo cambiara de opinión.

Sin embargo, no importaba lo rápido que se movieran, la tormenta era más rápida. La lluvia se convirtió rápidamente en un aguacero y cada gota se convirtió en un torrente. Los vientos crecían en fuerza, golpeando contra sus cuerpos con suficiente fuerza como para hacerlos tropezar. La luz se atenuó aún más, reduciendo la visibilidad a casi cero.

Finalmente, un relámpago cegador atravesó la oscuridad, seguido casi de inmediato por un trueno ensordecedor.

Al momento siguiente, el suelo bajo los pies de Sunny tembló, lo que hizo que perdiera el equilibrio y cayera. Se revolcó en el barro y trató de ponerse de pie, pero resbaló y volvió a caer. Alguien lo agarró del brazo por el hombro y lo ayudó a levantarse.

En la oscuridad de la tormenta, Sunny vio el rostro de Estrella Cambiante. Abrió la boca y gritó:

"¡No te detengas! ¡Corre!"

Casi no podía oírla detrás del rugiente viento y la lluvia.

Para cuando Sunny comenzó a moverse, el agua oscura y salada ya le llegaba hasta las espinillas. Apretó los dientes.

El mar volvía.

No podía determinar de dónde venía el agua, pero con cada minuto subía más. Pronto, le llegaba hasta la rodilla y luego hasta la cintura, lo





que hacía casi imposible correr. La velocidad del grupo disminuyó considerablemente.

Fue entonces, en un repentino relámpago, cuando vieron una oscura masa de piedra más adelante.

Habían llegado a los acantilados.

Casi al mismo tiempo, un terrible estruendo vino de las profundidades del laberinto. Al volverse, Sunny vio un colosal y aplastante torrente de agua negra que corría a través del bosque carmesí. A cierta distancia, un carroñero tardío fue atrapado por él y arrojado contra las paredes de coral. El caparazón irrompible de la poderosa criatura se rompió y se abrió como un huevo podrido.

—¡Maldiciones!

Se volvió hacia Nefis: "¡Se acabó el tiempo! ¡Empieza a escalar!"

Lo agarró por el brazo.

"¡Despide a tu Eco!"

Sunny no sabía si el carroñero podría escalar el acantilado. En cualquier caso, Cassie no habría sido capaz de aguantar si lo hubiera hecho. Ayudó a la niña ciega a bajar y luego envió al monstruo de regreso al Mar del Alma.

Nephis se agachó para dejar que Cassie se subiera a su espalda y luego los ató con la cuerda dorada. Sin perder tiempo, apretó los dientes y dio un paso adelante para agarrarse a las rocas mojadas de la pared del acantilado.

Comenzaron el ascenso, apresurándose a llegar lo más alto posible antes de que llegara el torrente negro. Algún tiempo después, Sunny gritó:

"¡Prepárate!"





Al momento siguiente, una pared de agua oscura golpeó las rocas a pocos metros bajo sus pies. Mientras Sunny se aferraba a su vida, todo el acantilado se estremeció. Unas cuantas rocas cayeron desde algún lugar muy alto, sin que su cabeza llegara solo por casualidad.

De alguna manera, los tres seguían vivos.

Sin embargo, las cosas estaban lejos de terminar. Las aguas negras seguían subiendo, ahora con una velocidad aterradora, amenazando con tragárselas en cualquier momento. Tenían que seguir subiendo, y tenían que ser más rápidos que el mar embravecido.

Sunny maldijo mientras buscaba la siguiente presa a la que agarrarse. Para sobrevivir, tuvo que escalar la cara del acantilado a una velocidad loca. Sin embargo, escalar apresuradamente rocas mojadas era una receta para el desastre: un desliz de la mano, y se hundiría para ser aplastado contra los acantilados, ahogarse o ser devorado por algún monstruo gigante.

Las lluvias torrenciales y los vientos huracanados empeoraron todo.

Y, sin embargo, no había otra opción.

Siguió escalando frenéticamente, desgarrándose la piel contra rocas afiladas. Cada músculo de su cuerpo estaba en agonía. Si no fuera por la sombra que envolvía su cuerpo con fuerza, Sunny habría muerto hace mucho tiempo. Pero incluso con su ayuda, el agua oscura se acercaba cada vez más.

"¡Maldita sea! ¡Maldito sea!"

Por mucho que Sunny lo intentó, no pudo recuperar ninguna distancia. Pronto, el agua estaba a sus pies. El mar se tragó lentamente sus piernas, luego su torso. Siguió escalando, ahora luchando contra el peso del agua y la fuerza de la marea que intentaba arrancarlo del acantilado.

Pero al final fue inútil.





Cuando el agua le cubrió los hombros, sintió que su dedo se deslizaba por las rocas mojadas. Sunny trató de sostenerse, pero la corriente era demasiado fuerte. Fue empujado como un juguete ingrátido, perdiendo cualquier compra...

'No!'

... En el último segundo, una cuerda dorada cayó al agua a su lado. Conmocionado, Sunny se aferró a él y lo sostuvo con todas sus fuerzas. La cuerda se tensó y lo sacó del agua. Sus pies volvieron a tocar la pared del acantilado.

Sin perder tiempo, reanudó la escalada con la ayuda de la cuerda. Finalmente, una mano fuerte lo agarró desde arriba y arrastró su cuerpo por el borde del acantilado.

Sunny cayó al suelo, luchando por respirar. Al cabo de un rato, miró a Nefis, que yacía en una posición similar a su derecha, igual de agotado. Todavía sostenía la cuerda dorada en su mano. Cassie estaba sentada a unos pasos de ellos.

Quería reír, pero no tenía fuerzas para ello.

Sobrevivieron.

